

El comedor era una hornaza de cosas alegres. En el centro, sobre la mesa, blanca y espléndida, una araña de Venecia, de hojas planas, con toda especie de pájaros de color, azules, morados, encarnados, verdes, colgados de las bujías; al rededor de la araña, numerosas girándulas, en las paredes multitud de cornucopias de galería, con triples y quintuples ramales; espejos, cristalería, vidriado, vajillas, porcelanas, lozas, cuchillería, servicio de plata y oro, todo brillaba de una manera deslumbradora, todo contribuía á deleitar y á regocijar la fiesta. Los espacios que dejaban entre sí los candelabros se hallaban ocupados por vistosos ramilletes; de modo que, allí donde no habia una luz, habia una flor.

Tres violines y una flauta tocaban en la antesala, á la sordina, quatuors de Haydn.

Juan Valjean se habia sentado en una silla en la sala, detrás de la puerta, cuya hoja ó batiente se replegaba sobre él en términos de dejarle casi oculto. Algunos momentos antes de sentarse á la mesa, Coseta vino, como por via de calaverada ó de capricho, á hacerle una grande reverencia, extendiendo con ambas manos y mostrando su traje de novia, y, con una mirada tiernamente juguetona, le preguntó

— ¿Padre, está usted contento?

— Sí, respondió Juan Valjean, estoy contento.

— Pues bien, entónces riase usted.

Juan Valjean se echó á reír.

Algunos instantes despues, Basque anunció que la comida estaba ya en la mesa.

Los convidados, precedidos del señor Gillenormand, quien daba el brazo á Coseta, entraron en el comedor, colocándose todos, conforme al orden establecido, al rededor de la mesa.

Dos grandes sillones figuraban en el testero, á la derecha y á la izquierda de la novia, el primero para el señor Gille-

normand, y el segundo para Juan Valjean. El señor Gillenormand tomó asiento. El otro sillón permaneció vacío.

Miraron en derredor buscando al «señor Fauchelevent.»

Ya no se hallaba allí.

El señor Gillenormand interpeló á Basque.

— ¿Sabes tú dónde está el señor Fauchelevent?

— Señor, respondió Basque, precisamente el señor Fauchelevent me ha encargado que le diga á usted que sufre un poco de su mano enferma, y que no podría acompañar á la mesa al señor baron y á la señora baronesa; rogaba que le dispensaran, que volverá mañana por la mañana. En este momento acaba de salir.

Aquel sillón vacío entibió un poco la efusion de la comida de boda. Pero, aunque se hallaba ausente el señor Fauchelevent, quedaba allí el señor Gillenormand, y el abuelo radiaba por dos. Afirmó que el señor Fauchelevent hacia bien en acostarse temprano, si sufría, pero que lo que tenia no era más que un poco de «pupa.» Esta declaracion fué suficiente. Por otra parte, ¿qué es un rincón oscuro en tal inundacion de alegría? Coseta y Marius se hallaban en uno de esos momentos egoistas y benditos, en los cuales no hay otra facultad que la de percibir la dicha. Y además, el señor Gillenormand tuvo una idea. — ¡Pardiez! este sillón está vacío. Ven tú aquí, Marius. Tu tia, aunque ella tiene derecho á ti, te lo permitirá. Este sillón es para ti. Es legal, y es galante. Fortunatus junto á Fortunata. — Á estas palabras siguieron los aplausos de toda la mesa. Marius ocupó al lado de Coseta el puesto destinado á Juan Valjean; arreglándose las cosas de tal modo, que Coseta, triste al principio por la ausencia de Juan Valjean, acabó por estar contenta. Desde el momento en que Marius le reemplazaba, Coseta no habria echado de ménos al mismo Dios. Y apoyó ella en seguida su ligero y delicado piececito, calzado de raso blanco, sobre el pié de Marius.

Una vez así ocupado el sillón, quedó borrado el señor Fauchelevent en la fiesta, á la cual nada faltaba. Y cinco minutos despues, la mesa entera reía del uno al otro extremo con todo el esplendente númen del olvido.

Á los postres, el señor Gillenormand se puso de pié, y tomando en la mano un vaso de vino de Champaña, medio lleno, para que el temblor propio de sus noventa y dos años no le hiciera verter, brindó á la salud y felicidad de los recién casados.

— No os escaparéis hoy de dos sermones, exclamó. Por la mañana habéis tenido el del cura, por la tarde tendréis el del abuelo. Escuchadme; voy á daros un consejo: Adorados. Yo no hago un montón de circunloquios y de jeremiadas, voy desde luego al objeto; sed dichosos. No hay en toda la creación otros sabios que los palomos y los tórtolos. Los filósofos dicen: Moderad vuestros goces. Pero yo digo: Soldad la rienda á vuestros placeres. Sed enamorados como diablos. Sed rabiosamente enamorados. Los filósofos no hacen más que desatinar. De buena gana les haría yo entrar á ellos su filosofía en el gáznate. ¿Es que por ventura puede nunca haber demasiados perfumes, demasiados pimpollos de rosa abiertos, demasiados ruiñeños cantando, demasiado follaje verde, demasiada aurora en la vida? ¿es que los amantes pueden amarse demasiado? ¿pueden agradarse demasiado el uno al otro? ¡Cuidado, Estela, tú eres demasiado bonita! ¡Cuidado, Nemorino, tú eres demasiado hermoso! ¡Valiente patochada! ¿Es que pueden requebrarse, acariciarse, mimarse, camelarse, hechizarse, encantarse demasiado? ¿Es posible estar demasiado vivo? ¿es posible ser demasiado feliz? Moderad vuestros goces. ¡Qué disparate!... ¡Abajo los filósofos, con todas sus pamplinas! La verdadera sabiduría es el júbilo, el regocijo.

Regocijaos, pues, regocijémonos todos. ¿Somos dichosos porque somos buenos? ¿ó más bien, somos buenos por-

que somos dichosos? ¿El Sancy se llama el Sancy porque perteneció á Harlay de Sancy, ó porque pesa ciento seis quilates? Yo no lo sé; la vida está llena de estos problemas; lo que importa es poseer el Sancy, y poseer también la felicidad. Seamos dichosos sin sutilizar ni embrollar la dicha. Obedezcamos ciegamente al sol. ¿Qué cosa es el sol? El sol es el amor. Quien dice amor, dice mujer. ¡Ah! ¡ah! Hé aquí una omnipotencia, la mujer. Preguntad á este demagogo de Marius si no es él un esclavo de esta tiranuela de Coseta. Y con toda su voluntad, y muy á gusto, el cobarde! ¡La mujer! No hay Robespierre que valga, la mujer reina siempre. Yo no soy ya realista, no soy monárquico, sino de esa monarquía. ¿Qué cosa es Adán? Adán no es más que el reinado de Eva. Para Eva no hay 89. Había el cetro real terminado en una flor de lis, había el cetro imperial que acababa en un globo, había el cetro de Carlomagno que era de hierro, había el cetro de Luis el Grande, la revolución los ha triturado todos entre su dedo pulgar y su dedo índice, como simples aristas de paja; concluyeron, están hechos mil pedazos, están rodando por el suelo, ya, no hay cetros; pero háganme ustedes revoluciones contra ese pañuelito de batista bordado que huele á esencia de rosa! Quisiera yo verlos á ustedes empeñados en esa tarea. Pruébenlo, por vía de ensayo. ¿Por qué es eso tan sólido? Porque es una friolera. ¡Ah! ¿ustedes son el siglo diez y nueve? Pues bien, y ¿qué tenemos con eso? ¡Nosotros también éramos el siglo diez y ocho! Y éramos tan tontos como ustedes. No creáis que habéis cambiado gran cosa en el universo, porque vuestro *trousse-galant* se llama ahora el cólera-morbo, y porque vuestra *bouffée* se apellida la cacuchucha. En el fondo, será preciso amar siempre á las mujeres. Yo os desafío á que prescindáis de esto. Esos diablejos son nuestros ángeles. Sí, el amor, la mujer, el beso, hé

un círculo del cual os reto yo á que salgáis; y, por lo que hace á mi, á fe que quisiera bien volver á entrar en él. ¿Quién de vosotros no ha visto levantarse en el infinito, apaciguándolo todo bajo su dominio, mirando á las olas como una mujer, á la estrella Vénus, la grande coqueta del abismo, la Celimena del Océano? El Océano, hé aquí un rudo Alcéstes. Pues bien, por más que él refunfuñe y que regañe y se desespere, aparece Vénus, y ya es preciso que se sonría. Aquel animal feroz se somete a instante. Así somos todos nosotros. Despecho, ira, tem estad, rayos, truenos, centellas, la espuma gasta el techo de la casa. Entra una mujer en escena, una estrella se levanta; póstrate en tierra, cobarde! Marius se batia hace seis meses; y hoy se casa. Está muy bien hecho. Sí, Marius, sí, Coseta, tenéis razon. Existid osadamente el uno para el otro, haceos mil mimos y caricias, haced amorecitos, bellos y rollizos como ángeles, y hacednos á nosotros reventar de rabia, porque no podemos ya hacer otro tanto; idolatraos. Tomad en vuestros picos todos los ramitos y yerbecitas, todas las hebras de felicidad que hay sobre la tierra, y construïros con ellas un nido para toda la vida. ¡Pardiez! amar, ser amado, gran milagro cuando es uno jóven! No os figuréis que sois vosotros los que habéis inventado eso. Yo tambien he delirado y he desvariado y he soñado y he suspirado; tambien yo he tenido un alma con una claridad como la de la luna. El amor es un niño de seis mil años. El amortiene derecho á una larga barba blanca. Mathusalén es un granujilla, un *gamin*, comparado con Cupido. De sesenta siglos acá, el hombre y la mujer salen de todos sus apuros amándose. El diablo, que es mal bicho, se puso á aborrecer al hombre; el hombre, que es más maligno aún que el diablo, se ha puesto á amar á la mujer. De esta manera ha conseguido él hacerse más bien, que mal le habia hecho á él el diablo.

Desde el paraíso terrestre se halló ya esta sutileza. Amigos míos, la invencion es antigua, pero está enteramente nueva. Aprovechaos de ella. Sed Daphnis y Chloé, nasta tanto que podáis ser Filemon y Baucis. Haced de manera que, cuando estáis el uno al lado del otro, nada os falte, y que Coseta sea el sol para Marius, y que Marius sea el universo para Coseta. Coseta, que el buen tiempo sea la sonrisa de vuestro marido; Marius, que la lluvia sea las lágrimas de tu mujer. Y que no llueva nunca en vuestro hogar. Vosotros habéis atrapado el buen número en la loteria, el amor en el sacramento; tenéis el premio gordo, guardadle bien, ponedle bajo llaves, no le derrochéis, adoraos y reiros de todo lo demas. Creed lo que os esto y diciendo. Todo esto es producto del buen sentido; y el buen sentido no puede mentir. Sed el uno para el otro una religion. Cada cual tiene su manera de adorar á Dios. ¡Voto al chápiro! el mejor modo de adorar á Dios, es el amar á su mujer. ¡Yo te amo! hé aquí mi catecismo. Todo el que ama es ortodoxo. El juramento de Enrique IV coloca la santidad entre la francachela y la embriaguez. ¡*Ventre-saint-gris!* yo no soy de la religion de este juramento, en el cual está olvidada la mujer. Y no deja de sorprenderme esto, tratándose de un voto de Enrique IV. Amigos míos, ¡viva la mujer! Yo soy viejo, segun dicen; es singular como me siento con diposiciones de ser jóven. Quisiera ir á los bosques á escuchar los ecos de las dulzainas. Me embriaga el ver á estos muchachos que logran ser hermosos y estar contentos. De buena gana me casaria yo, si álguien quisiera. Es imposible imaginar que Dios nos haya criado para otra cosa que para esto: idolatrar, arrullar, adonizar, ser pichon, ser gallo, picotear sus amores desde por la mañana hasta la noche, mirarse y extasiarse en su mujércita, mostrarse envanecido y orgulloso y triunfal con ella y, darse tono é importancia; hé aquí el objeto

de la vida. Hé aquí, mal que os pese, lo que nosotros pensábamos en nuestros tiempos, cuando éramos jóvenes. ¡Ah! ¡voto va al diablo! ¡y como había hermosas muchachas en aquella época, y qué lindos palmitos y qué tiernos pimpollos! Yo entónces hacia mis estragos. Por consiguiente, amaros. Si las gentes no hubieran de amarse, no veo yo en verdad de qué serviría que haya una primavera; y, por lo que hace á mí, yo rogaria á Dios que se guarde todas las cosas buenas que nos muestra, que nos las quite, y que vuelva á encerrar en una caja las flores, las aves y las niñas bonitas. Hijos míos, recibid la bendición de vuestro pobre viejo.

Pasaron todos una velada alegre, viva y amable. El soberano buen humor del abuelo imprimió la entonación á toda la fiesta, procurando cada cual acomodarse á aquella cordialidad casi centenaria. Bailaron un poco, rieron mucho; en suma, fué aquella una boda sencilla, festiva, infantil. Habria podido convidar á ella al buen Antaño. Es verdad que se hallaba allí representado en la persona del tío Gillenormand.

Hubo gran tumulto, y despues gran silencio.

Los desposados desaparecieron.

Un poco despues de média noche la casa Gillenormand se convirtió en un templo.

Aquí nos detendremos. Bajo el dintel de las noches de boda está un ángel de pié, sonriendo, con el dedo índice puesto sobre sus labios cerrados.

El alma entra en contemplación ante ese santuario en el cual se consuma la celebración del amor.

Encima de esas casas debe de haber ciertos resplandores. La alegría que ellas encierran debe escaparse por entre las piedras de las paredes en forma de claridad, é irradiar vagamente en las tinieblas. Imposible es que esa fiesta sagrada y fatal deje de enviar un destello celeste

al infinito. El amor, es el crisol sublime en el cual se hace la fusión del hombre y de la mujer; el sér uno, el sér triple, el sér final, la trinidad humana, sale de él. Este nacimiento de dos almas en una debe ser una emoción para la sombra. El amante es sacerdote; la virgen embelesada se extasia y se conmueve. Algo de esta alegría va hasta Dios. Allí donde hay verdadero casamiento, es decir, donde hay amor, se introduce el ideal. Un lecho nupcial forma en las tinieblas un rincón de aurora. Si á la pupila de carne fuera dado el distinguir las visiones formidables y hechiceras de la vida superior, es probable que se verían las formas de la noche, los alados misteriosos, los transeúntes azules de lo invisible, inclinarse, multitud de cabezas sombrías, en derredor de la casa luminosa, satisfechos, bendiciéndola, mostrándose uno á otros la virgen esposa dulcemente azorada, y ostentando el reflejo de la felicidad humana en sus semblantes divinos. Si, en esa hora suprema, escucharan los esposos deslumbrados de voluptuosidad y que se creen solos, oírían sin duda en su alcoba un zumbido de alas sordo y confuso. La dicha perfecta implica la solidaridad de los ángeles. Aquella reducida y oscura alcoba tiene por techumbre todo el cielo. Cuando dos bocas, las cuales ha hecho el amor sagradas, se aproximan para crear, es imposible que encima de ese beso inefable deje de haber un estremecimiento en el inmenso misterio de las estrellas.

Esas felicidades son las verdaderas. No hay goce fuera de esos goces. El amor, es el único éxtasis. Todo lo demás es llanto.

Amar ó haber amado, esto basta. No pidáis más despues. No hay ninguna otra perla que encontrar en los tenebrosos pliegues de la vida. Amar es un complemento, una consumación.

¿Qué había venido á ser de Juan Valjean?
 Inmediatamente despues de haber reido, á consecuencia de la graciosa prescripcion de Coseta, no prestando ya nada de la menor atencion á él, Juan Valjean se habia levantado, y, sin que le notaran, se habia salido á la antesala. Era á aquella misma pieza donde, ocho meses ántes, habia él entrado ennegrecido de lodo, de sangre y de pólvora, trayéndole el nieto al abuelo. El antiguo maderámen se hallaba cubierto de guirnaldas de flores y de verde follaje; los músicos estaban sentados en el sofá donde habia depositado á Marius. Basque, de frac negro, calzoncorto, média blanca y guante blanco, colocaba coronas de rosas al rededor de cada uno de los platos que se iba á servir en la mesa. Juan Valjean le habia mostrado su

brazo en cabestrillo, le habia encargado que explicara y disculpara su ausencia, y se habia marchado.

Las ventanas del comedor daban á la calle. Juan Valjean permaneci6 algunos minutos de pié é inm6vil en la oscuridad, bajo aquellas ventanas radiosas. Aplic6 el oido. El confuso rumor del banquete llegaba hasta él. Oia desde allí perfectamente la palabra, alta y magistral, del abuelo, los violines, el ruido de los platos y de los vasos, las carcajadas, y entre todo aquel rumor festivo, distinguia la alegre y delicada voz de Coseta.

Dejó la calle de las Filles-du-Calvaire, y se volvi6 á la calle de l'Homme-Armé.

Para trasladarse á esta calle, tom6 por la de San Luis, la calle Culture-Sainte-Catherine y la de Blancs-Manteaux; era algo más largo, pero este era el camino por donde, durante los tres meses últimos, con el objeto de evitar los obstáculos embarazosos y los lodos de la calle Vielle-du-Temple, acostumbraba él á venir todos los dias, desde la calle de l'Homme-Armé á la calle de las Filles-du-Calvaire, con Coseta.

Este camino por donde Coseta habia pasado excluia para él cualquier otro itinerario.

Juan Valjean entr6 en su casa, encendi6 su vela y subi6 la escalera. El cuarto estaba vacio enteramente. Ni Tousaint se hallaba allí ya tampoco. Los pasos que daba Juan Valjean hacian en aquellas habitaciones más ruido que de ordinario. Todos los armarios estaban abiertos. Entr6 en el cuarto de Coseta. No habia sábanas en la cama. La almohada de cuti, sin funda y sin encajes, estaba puesta sobre las colchas dobladas al pié del colchon cuya tela se veia y donde nadie debia ya acostarse. Todos los objetos pequeños y femeninos que interesaban á Coseta se los habia llevado ella; no quedando allí ya sino los grandes muebles y las cuatro paredes. La cama

de Tousaint estaba tambien desguarnecida. Una sola cama estaba hecha y parecia esperar á alguién, la de Juan Valjean.

Juan Valjean miró las paredes, cerró algunas puertas de armarios, y fué y vino de una á otra pieza.

Por último, se halló en su cuarto, y colocó su vela sobre una mesa.

Habia desprendido el brazo del cabestrillo, y se servia de la mano derecha como si nada tuviera en ella.

Acercóse á su cama, y sus ojos se fijaron, ¿fué por casualidad, ó fué con intencion? en la *inseparable*, de la cual habia tenido celos Coseta, en la maletita que no le abandonaba jamas. El 4 de Junio, al llegar á la calle de l'Homme-Armé, la habia depositado sobre un velador junto á la cabecera de su cama. Dirigióse á este velador con cierta vivacidad, tomó en su bolsillo una llave, y abrió con ella la maleta.

Fué sacando de esta poco á poco las ropas con las cuales habia salido Coseta, diez años ántes, de Montfermeil; primero sacó el vestidito negro, despues la pañoletita negra, en seguida los zapatones de niña que casi podrian servir aún á Coseta, tan pequeño era su pié, despues la almilla de fustan bien gruesa, las enaguas de punto, el delantal de bolsillo, y las medicitas de lana. Estas médias, en las cuales se hallaba aún graciosamente marcada la forma de una pierna pequeña, no eran más largas que la mano de Jean Valjean. Toda esta ropita era de color negro. Él mismo fué quien llevó este traje á Montfermeil para vestir á la niña. Segun que los iba sacando de la maleta, los colocaba sobre la cama. Mientras tanto, cavilaba, y la imaginacion le representaba al vivo ciertos recuerdos. Era en un invierno, un mes de Diciembre muy frio, estaba ella tiritando, medio desnuda entre sucios harapos, con sus pobres piececitos encar-

nados calzando rudos zuecos. Él, Juan Valjean, le habia hecho desembarazarse de aquellos andrajos, para que vistiera este traje de luto. La madre debió estar muy contenta en su tumba, al ver que su hija llevaba luto por ella, y sobre todo, al ver que estaba ya vestida y abrigada. Pensaba él ahora en aquella selva de Montfermeil, que habian atravesado juntos, Coseta y él; pensaba en el tiempo que hacia, en los árboles sin hojas, en el bosque sin aves, en el cielo sin sol; sin embargo, aquello era una delicia. Colocó y arregló todos los pequeños atavíos sobre su cama, la pañoleta junto á la enagua, las medias al lado de los zapatos, la almilla junto al vestido, y los estuvo mirando uno en pos de otro. No era ella más alta que esto, llevaba en brazos su grande muñeca, guardó su luis de oro en el bolsillo de este delantal, reía contenta, ambos iban caminando asidos de las manos, nada no tenia más que á él en el mundo.

Entónces su encanecida y venerable cabeza cayó sobre la cama, aquel viejo corazon estoico se deshizo, su rostro se abismó por decirlo así entre las ropas de Coseta, y si alguién hubiera pasado por la escalera en aquel momento, habria oido pavorosos y lamentables sollozos.

IV

IMMORTALE JECUR

La antigua y formidable lucha, de la cual hemos visto ya diferentes fases, recomenzó desde este momento.

Jacob no luchó con el ángel sino una sola noche. Pero ¡ah! cuántas veces no hemos visto nosotros á Juan Valjean cogido cuerpo á cuerpo en las tinieblas por su conciencia, y luchando desatinado contra ella!

¡Lucha inaudita! En ciertos momentos, es el pié que resbala; en otros, es el suelo que se hunde bajo el pié. ¡Cuántas veces aquella conciencia forzada y arrastrada al bien, le habia estrechado y abrumado! ¡Cuántas veces la verdad, la inexorable verdad, le habia puesto la rodilla sobre el pecho! ¡Cuántas veces, aterrado por la luz, le habia él gritado: perdon! ¡Cuántas veces aquella luz implacable, encendida en él y sobre él por el obispo, le habia deslumbrado por fuerza cuando su anhelo era el ser cegado!

¡Cuántas veces se habia él vuelto á levantar en medio del combate, retenido en la roca, respaldado en el sofisma, arrastrado por el polvo, ora derribando su conciencia debajo de sí mismo, ora derribado él por ella! ¡Cuántas veces, despues de un equívoco, despues de un razonamiento traidor y especioso del egoísmo, habia él oido á su conciencia gritarle de cerca: ¡Eso es una emboscada! miserable! ¡Cuántas veces su pensamiento refractario habia prorumpido en convulso estertor bajo la evidencia del deber! Resistencia á Dios. Sudor es fúnebres. ¡Cuántas heridas secretas, cuya sangre sólo él veia chorrear! ¡Cuántas desolladuras en su lamentable existencia! ¡Cuántas veces se habia él levantado del suelo, ensangrentado, macerado, quebrantado, iluminado, desesperado el corazon, serena y tranquila el alma! y vencido, sentíase vencedor. Y despues de haber dislocado, tenaceado y destrozado su conciencia, puesta de pié sobre él, formidable, luminosa, tranquila, le decia: ¡Ahora, véte en paz!

Pero, ¡ah! qué paz tan lúgubre debia seguirse á una lucha tan sombría!

Aquella noche sin embargo, Juan Valjean conoció que ya libraba él su postrera batalla.

Una cuestion se presentaba, cuestion punzante y desgarradora.

No todas las predestinaciones son rectas; no se desenvuelven en una senda ó en una avenida rectilínea ante el predestinado; sino que tienen sus atascaderos y sus callejones sin salida, sus cæcums, oscuros rodeos, peligrosas encrucijadas que ofrecen diversos caminos. Y Juan Valjean hacia alto en este momento en la más peligrosa de tales encrucijadas.

Habia llegado al supremo cruzamiento del bien y del mal. Tenía ante sus ojos esta tenebrosa interseccion. Esta vez tambien, como le habia ya sucedido en otras dolorosas

peripecias, dos sendas se abrían en su presencia; la una tentadora, la otra pavorosa. ¿Cuál de las dos elegir?

La que causaba pavor era aconsejada por el misterioso dedo indicador que percibimos todos nosotros cada vez que fijamos nuestra vista en la sombra.

Otra vez se le presentaba á Juan Valjean la elección entre el puerto terrible y la emboscada seductora.

¿Conque esto es verdad? el alma puede curar; pero la suerte, no. ¡Cosa terrible! ¡un destino incurable!

La cuestión que se presentaba era esta:

¿De qué manera debería comportarse Juan Valjean con la dicha de Coseta y de Marius? Esta dicha, él era quien la había querido, él era quien la había hecho; él se la había introducido en sus propias entrañas, y á estas horas, al considerarla podía él tener la especie de satisfacción que experimentaría un armero que reconociese su marca de fábrica en un puñal, al sacársele humeante de su propio pecho.

Coseta tenía á Marius, Marius poseía á Coseta. Todo lo tenían, hasta la riqueza. Y era por obra suya.

Pero ahora que ya existía esta dicha, ahora que estaba allí como un hecho consumado, ¿qué es lo que iba á hacer de ella Juan Valjean? ¿Se impondría él á aquella dicha? ¿La trataría como cosa propia? Sin duda Coseta pertenecía á otra persona; ¿pero es que él, Juan Valjean, debería retener de Coseta todo cuanto pudiera retener? ¿Continuaría siendo la especie de padre, entrevisto, pero respetado, que había sido hasta entónces? ¿Se introduciría él tranquilamente en la casa de Coseta? ¿Llevaría, sin decir una palabra, todo su triste pasado y le instalaría en medio de este naciente y gozoso porvenir? ¿Se presentaría allí como investido de autoridad y de ciertos derechos, é iría á sentarse, velado y oculto en misterioso secreto, en medio de aquel hogar luminoso? ¿Tomaría éi,

sonriéndoles, las manos de aquellas inocentes criaturas entre sus manos trágicas? ¿Apoyaría en los apacibles morillos de chimenea de la sala Gillenormand aquellos piés que arrastraban tras sí la sombra infamante de la ley? ¿Entraría á participar en comun de la suerte reservada á Coseta y á Marius? ¿Ennegrecería él aún la oscuridad sobre su propia frente y espesaría la nube sobre la frente de ellos? ¿Colocaría como tercera, con sus dos felicidades, su propia catástrofe? ¿Continuaría callándose? ¿En una palabra, sería él, para con aquellos dos seres dichosos, el siniestro mudo del destino?

Preciso es estar muy acostumbrado á los rudos golpes de la fatalidad, para tener el valor de atreverse á levantar los ojos cuando ciertas cuestiones nos aparecen en toda su horrible desnudez. El bien ó el mal se hallan detras de este severo interrogante. ¿Qué es lo que harás? pregunta el esfinge.

Esta costumbre de la prueba, la tenía Juan Valjean. Y miró al esfinge con ojos fijos y serenos.

Examinó, pues, el desapiadado problema bajo todas sus fases.

Coseta, esta preciosa existencia, era la balsa de aquel naufrago. ¿Qué hacer? ¿Asirse á ella, ó soltarla enteramente?

Si se asia á ella, si se refugiaba en la balsa, se libertaba del desastre, ascendía de nuevo al cielo, dejaba correr de sus vestidos y de sus cabellos y desprenderse de él el agua amarga, se hallaba en salvo, volvía á la vida.

¿Iba á soltarla, á prescindir de ella?

Entónces, esto era para él el abismo.

Así celebraba dolorosamente consejo con su conciencia y con su pensamiento. Ó por mejor decir, así combatía, sacudíase furioso sendos golpes en el interior de sí mismo, ya contra su voluntad, ya contra su convicción.

Fué una grande felicidad para Juan Valjean el haber podido llorar. Tal vez esto le esclareció la mente y le iluminó. Sin embargo, el principio fué terrible. Una tempestad más furiosa aún que la que en otro tiempo le habia lanzado hácia Arras, se desencadenó en él. Recordaba el tiempo pasado confrontándole con el presente; los comparaba y sollozaba en la mayor angustia. Una vez abierta la esclusa de las lágrimas, torciase en mortal desesperacion.

Sentíase como cortado, embarazado y detenido.

¡Oh! en este tremendo pugilato entre nuestro egoísmo y nuestro deber, cuando retrocedemos así paso á paso ante nuestro ideal inmutable, extraviados, enfurecidos, exasperados de ceder, disputando el terreno, esperando la posibilidad de una evasion, de una fuga, buscando una salida, ¡cuán brusca y siniestra resistencia forma la pared á nuestra espalda!

¡Sentir la sombra sagrada que opone obstáculo!

Lo invisible inexorable, ¡qué obsesion tan tremenda!

Luego jamas se ha concluido con la conciencia. Adopta el partido que quieras, Bruto; toma la resolucion que más te agrada, Caton. La conciencia carece de fondo, porque es el mismo Dios.

Arroja uno en ese pozo el trabajo de toda su vida, arroja allí la fortuna, arroja allí sus riquezas, arroja sus trofeos y sus triunfos, arroja su libertad ó su patria, arroja su bienestar, arroja su reposo, arroja su alegría. ¡No basta! ¡no basta! ¡no basta! ¡Arroja más aún! ¡vacía la copa! ¡vuelca la urna! Es preciso acabar por arrojar allí también su corazón.

Existe en alguna parte, entre la bruma del viejo infierno, un tonel de esta naturaleza.

¿Y no será perdonable el rehusar al fin? ¿Acaso lo agotable puede alegar un derecho? ¿Acaso las cadenas sin fin no son superiores á toda fuerza humana? Quien,

pues, censuraria á Sisyfo y á Juan Valjean que dijeran: ¡basta!

La obediencia de la materia se halla limitada por el frotamiento: ¿es que por ventura no habria un limite á la obediencia del alma? Si el movimiento perpetuo es imposible, ¿es que la abnegacion perpétua será exigible?

El primer paso no es nada; el último es el difícil. ¿Qué era el proceso Champmathieu en comparacion con el casamiento de Coseta y de lo que él llevaba consigo? ¿Qué es esto: volver á presidio, comparado con estotro: entrar en la nada?

¡Oh, primera grada del descenso, y cuán sombría eres!

¡Oh, segunda grada, y cuán negra eres!

¿Cómo no apartar la cabeza esta vez?

El martirio es un sublimado, pero un sublimado corrosivo. Es un tormento que consagra. Puede consentirse en él la primera hora; sientase uno en el trono de hierro rojo, colócase sobre su frente la corona de hierro rojo, acepta el globo de hierro rojo, toma el cetro de hierro rojo, pero aún le falta vestir el manto de llama, y ¿no hay un momento en que la carne miserable se subleva, y en que se abdica el suplicio?

Por último, Juan Valjean entró en la calma del abatimiento.

Se puso á cavilar, á pesar y á considerar las alternativas de la misteriosa balanza de luz y de sombra.

Imponer su presidio á aquellas dos criaturas esplendentes de alegría y de dicha, ó consumir él mismo su irremediable perdicion, su propio aniquilamiento. Por un lado el sacrificio de Coseta, por otro el suyo propio.

¿Cuál de estas dos soluciones eligió?

¿Qué dote minacion adoptó al fin? ¿Cuál fué, en el interior de sí mismo, la respuesta definitiva al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió á

abrir? ¿Qué lado de su vida tomó él el partido de cerrar y de condenar? Entre todas estas escarpas insondables que le rodeaban, ¿cuál fué su elección? ¿Qué extremo aceptó? ¿Á cuál de estos dos abismos hizo él un señal de cabeza?

Su delirio vertiginoso duró toda la noche.

Allí permaneció hasta el día, en la misma actitud, plegado en dos sobre aquella cama, prosternado bajo la enormidad de la suerte, tal vez anonadado, cerrados los puños, tendidos los brazos en ángulo recto como un crucificado desenclavado de la cruz y que hubieran arrojado allí con el rostro hácia abajo. Doce horas estuvo en esta postura, las doce horas de una larga noche de invierno, helado sin levantar la cabeza y sin pronunciar ni una sola palabra. Hallábase inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento rodaba por el suelo ó volaba á las nubes, ora como la hidra, ora como el águila. Al verle así sin movimiento, cualquiera habria creído que era un muerto; de inprovisto se estremecía convulsivamente, y su boca, pegada á los vestidos de Coseta, los besaba con avidez; entónces se notaba que estaba vivo.

¿Pero quién lo notaba, puesto que Juan Valjean se hallaba solo, y no habia allí nadie?

El misterioso impersonal que está en las tinieblas.

LIBRO SÉPTIMO

EL ÚLTIMO TRAGO DEL CÁLIZ

I

EL SÉPTIMO CIRCULO Y EL OCTAVO CIELO

El día siguiente á una boda es siempre solitario. Generalmente suele respetarse el recogimiento de los felices desposados, y algo también su sueño en retraso. El ruido de las visitas y de las felicitaciones empieza más adelante. En la mañana del 17 de Febrero, eran ya algo más de las doce cuando Basque, que con su mandil puesto y el plumero bajo el brazo, estaba ocupado en « limpiar su antesala, » oyó un ligero golpecito á la puerta. No habian hecho sonar la campanilla. lo que es pru-